

sin gerarquía y sin regla,
mil románticos recuerdos,
mil clásicas esperiencias.

Alli el almagrado coche
que arrastraron seis colleras,
está llorando festines
y soñando en la Alameda.

Alli el bombé vacilante
que dejó el doctor Postema,
reza y murmura aforismos
y latines de receta.

Mas allá hay una berlina
con cifras y otros emblemas,
de uno que fue al hospital
sin zapatos ni calcetas.

Aqui un sucio faeton,
alli una gran carretela,
que fue premio en otro tiempo
de una virtud de Lucrecia.

Y agrupadas á un rincón
se miran cuatro calesas
que á queso y á vino puro
trascienden á media legua.

En tan sucia compañía,
y en situacion tan adversa,
un coche tambien... ¡Dios mio!
(casi no acierta la lengua.)

Un coche... ¿si será él?
un coche... sí, el mismo era,
el del marqués, del obispo,

PANORAMA MATRITENSE.

del ministro, y... ¡santa Tecla!

¡Ay! quién fuera Garcilaso
para esclamar: "Dulces prendas,
aquí por mi mal halladas,"
con lo demas que se deja.

¿Y habrá despues ¡oh fortuna!
quien fie en tu faz risueña,
y no te vuelva la espalda
antes que tú se la vuelvas?

Mas tornemos á mi coche
y dejemos las sentencias,
que dicen bien en un libro
con tal de que no se lea.

En hábito verdi-negro;
como ya descrito queda,
ha transformado sus galas,
sus timbres y sus preseas;

Y los caballos normandos
en dos mulas peli-negras,
que corrieron ha veinte años
todas las ferias manchegas.

Piloto de aquel timon,
sentado en su delantera
un infanzon de Cantabria
tiene en sus manos las riendas.

Un capote franciscano
su tosca persona encierra,
y un sombrero des-alado
metido hasta las orejas.

Cantando está á media voz,
mientras que las ocho suenan,
las glorias de Covadonga
por el son de la muñeira;

Y en tanto las pobres mulas
pensando estan en que piensan,
y de este pienso mental
se sostienen y alimentan.

Otro animal de dos pies
como el que en la proa asienta,
sube con pena á la popa
y á los tirantes se cuelga.

Con que la tripulacion
queda del todo completa,
dos mulas y dos rocines,
y sumadas cuatro bestias.

Las ocho suena el reloj,
se abre del corral la puerta,
y en oblicuo movimiento,
y en marcha angustiosa y lenta

Tiran torcidas las mulas
á impulsos de la correa,
y anunciando un fin cercano
crujen girando las ruedas.

Por las calles de la corte,
y á riesgo de las aceras,
la máquina informe arrastra,
dando á quien la mira pena;

Y entre silbos y reniegos
en menos de una hora llega

á la puerta del letrado
que va á charlar á la audiencia.

Embarca en él su persona
medio cura y medio enferma,
y saca las doctas mangas
por entrambas portezuelas.

Luego que llega al consejo,
mientras su derecho alega,
cochero y mozo liquidan
la propina en la taberna.

Con que añaden á su celo
de Yepes azumbre y media,
para hacer mas llevadero
el trabajo de la vuelta.

Despues del pleito, á visitas
con la letrada y su suegra,
cinco chiquillos y una ama,
dos pasantes y una perra.

Vuelta despues al corral;
ya don Timoteo espera
para ir á misa de dos
del Buen-Suceso... á la puerta.

La misa ya se ha acabado;
mas por cuanto la marquesa
al ver á don Timoteo
se siente un poco indispueta.

Él, á fuer de hombre gentil,
la ofrece su carretela,
y á fin de tomar el aire
van camino de la Venta.

En vano el pobre Simon
les grita que den la vuelta,
que hace falta en un bautizo
antes de las cuatro y media.

Suéltanle á las cinco, en fin,
toma el paso á media rienda,
y en casa de la parida
á oír maldiciones llega.

Suben en él la madrina,
el padrino, la pasiega,
los hermanos, el autor,
y el chico con falda nueva.

Cien pillos de todo el barrio,
que ha vomitado una escuela,
van corriendo tras el coche;
ya suben en la trasera;

Ya trepan á los estribos;
ya se agarran de las ruedas;
ya gritan: "Señor padrino,
¿cuándo baja la moneda?"

Ya hacen gestos al Simon;
ya al lacayo desesperan,
apoyando sus razones
en alguna que otra piedra.

En tal día, es de cajón,
va la gente á la comedia,
y el coche hasta media noche
embargan y saborean.

Y en tanto las tristes mulas
guardando siempre la dieta,

y cuando dan vuelta á casa
hasta en su sombra tropiezan.

Otro dia... ¿pero acaso
pretendo que sea eterna
esta triste relacion,
y que en crónica se vuelva?

¿No ha de acabarse jamas?
¿ni cómo narrar pudiera
uno á uno los sucesos
que en sus páginas encierra?

Baste decir que en enero
hay un san Anton, y hay vueltas;
que hay máscaras en febrero
y en marzo hay Pepes y Pepas.

Que abril encierra una pascua;
mayo á san Isidro fiesta;
junio noche de san Juan
con fandango y con vihuelas;

Julio ostenta de sus toros
las entretenidas fiestas,
y en agosto Manzanares
brinda con húmeda arena.

Viene setiembre despues
con sus históricas ferias,
y sus fiestas de Pozuelo,
Carabanchel y Vallecas.

Y octubre empieza á mostrar
sus frios y calles puercas,
y noviembre sus difuntos,

diciembre su Noche-buena.

Y en todos meses del año
hay cortejos y hay cortejas,
y hay revistas, besamanos,
y hay visitas y hay audiencias.

Y hay tontas á quien se engaña
con una máquina de estas,
y hay jugadores que ganan,
y hay empleados que medran.

Y hay indianos de San Lucar,
y hay sin condados condesas,
y hay nobleza que ostentar,
y hay que encubrir la miseria.

De todos estos primores
puede este coche dar cuenta;
mas por desgracia no sabe
por qué carece de lengua.

Yo viéndole sordo-mudo,
en descargo de su pena
quise atreverme á formar
(puesto que no soy poeta)

En estos *clásicos* versos
esta *clásica* leyenda,
á riesgo de que el lector
clásicamente se duerma.



Madrid à la luna.



I.

«En el silencio oscuro su belleza
desnuda de afeitadas fantasías
le descubre al pintor naturaleza.»

Pablo de Céspedes.

Madrid es para mí un libro inmenso, un teatro animado, en que cada día encuentro nuevas páginas que leer, nuevas y curiosas escenas que observar. Algunos años van transcurridos desde que cansado de estudiar mentalmente en dicho libro, cedí á la fuerte tentacion de leerle en alta voz, quiero decir, de comunicar al público mis menguadas observaciones; y sin embargo, todavía no encuentro agotada la materia, antes bien los límites del campo que me tracé cada día se retiran á mi vista, en términos que primero que el espacio entiendo que han de faltarme las fuerzas para recorrerle.

En esta animada óptica, en este panorama moral, unas veces me ha tocado contemplar sus

cuadros á la brillante luz del sol de mediodía, otras al dudoso reflejo del crepúsculo de la tarde; cuándo embalsamados con el suave ambiente de primavera, cuándo entristecidos por las densas nubes invernales; ya inmensos, agitados y magníficos, ya reducidos á límites estrechos y grotescas figuras.

Pero hasta el día (lo confieso con rubor) no habia parado la imaginacion en uno de los mas interesantes espectáculos, y estaba muy lejos de sospechar que en aquella misma hora en que apagando mi linterna y cerrando el ventanillo, me entregaba tranquilamente á ordenar en mi memoria cualquiera de las escenas anteriores, la naturaleza próspera é infatigable me brindaba con una de las mas interesantes y magníficas, esto es, *Madrid iluminado por la luna*.

Si yo fuera partidario de la escuela rancia, no dejaria de empezar aqui mi narracion por un brillante apóstrofe á la señora Diana, con el *¡oh tú!* de costumbre, y suplicándola que suspendiendo por aquella noche su rato de bureo con el consabido pastorcillo cazador, tuviese á bien prestarme su influjo y su *rayo macilento* para dibujar un cuadro tan pálido y dormilon como ella misma.

O bien, siguiendo el moderno estilo, me dejaria de apóstrofes y de deidades paganas, y encaramándome á una altura (la de san Blas por ejemplo) miraria dibujarse en el espacio, y á la luz del astro de la noche, las elevadas cúpulas de

la capital; mi imaginacion las prestaria vida, y convirtiéndolas en gigantescos monstruos, miraríaslas

“levantarse, crecer, tocar las nubes,”

y dirigir sus fatídicos agüeros al pueblo incauto que se agitaba á sus pies, y que probablemente seguiria tranquilo su camino sin escucharlas ni entenderlas. —

Cualquiera de estos dos extremos prestaria sin duda interes á mi discurso, y convertiria hácia él la atencion de mis oyentes; pero asi creo en las visiones fantásticas como en las deidades de la mitologia, y eso me dan las metamorfosis de Ovidio como los monstruos de Victor Hugo; porque en la luna solo tengo la desgracia de ver la luna, y en las torres las torres, y en el pueblo de Madrid una reunion de hombres y de calles y de casas que se llama la *muy noble, muy leal, muy heroica, imperial y coronada villa y corte de Madrid.*

II.

Hacia ya larga media hora que todos los relojes de la capital sonaban sucesivamente las once de la noche. Los hermosos reverberos (una de las señales mas positivas del progreso de las luces en estos últimos tiempos) iban negando sus reflejos, y cediendo al nocturno fanal la alta mision de ilu-

minar el horizonte; por manera que el primer rayo de la luna servia de señal al último destello del último farol; combinacion ingeniosamente dispuesta que honra sobremanera á los conocimientos astronómicos del director del alumbrado. Los encargados subalternos de esta artificial iluminacion recogian ya sus escalas y antorchas propagadoras; las tiendas y cafés cerrando sus puertas despedian políticamente á sus eternos abonados; y los criados de las casas cerrando tambien sus entradas dirigian una tácita reconvenccion á los vecinos perezosos ó distraidos. Veíase á algunos de estos llegar apresurados á ganar su mansion antes que la implacable mano del gallego se interpusiese entre ellos y la cena; y llegando á la puerta y encontrándola ya cerrada, daban los golpes convenidos, y el gallego no parecia; y volvian á llamar una vez y otra, y se desesperaban grotescamente hasta que se oía acercar un ruido compaseado semejante á los golpes de un batan ó á las descargas de artillería, y eran los férreos pies del gallego que bajaba, y medio dormido aun, no acertaba la cerradura, y apagaba la luz, y se entablaba entre amo y mozo un diálogo interesante y entre puertas, hasta que, en fin, abiertas estas iba desapareciendo en espiral el rumor de los que subian por la escalera.

Los amantes dichosos habian concluido ya por aquella noche su periódica tarea de suspiros y juramentos, y trocaban el aroma de sus diosas res-

pectivas por el grato olorcillo de la ensalada y la perdiz; en el teatro habia muerto ya el último interlocutor, y *Norma* se metia en el simon, y *Antony* tomaba su paraguas para irse á dormir tranquilamente, á fin de volverse á matar á la siguiente noche; el zeloso amo de casa hacia la cotidiana requisita de su habitacion, y se parapetaba con llaves y cerrojos; la esposa discutia con el comprador sobre varios problemas de aritmética referentes á su cuenta; y el artesano infeliz en su buhardilla descansaba tranquilo hasta que viniesen á herir su frente los primeros rayos del sol.

No todo, sin embargo, dormia en Madrid. Velaba el magnate en el dorado recinto de su gabinete, agotando todos los recursos de su talento para llegar á clavar la voluble rueda de la fortuna; velaba el avaro creyendo al mas ligero ruido ver descubierto su escondido tesoro; velaba el amante bajo el balcon de su querida esperando una palabra consoladora; velaba el malvado probando llaves y ganzúas para sorprender al infeliz dormido; velaba el enfermo contando los minutos de su agonía, y esperando por momentos la luz de la aurora; velaba el jugador sobre el oscuro tapete viendo desaparecer su oro á cada vuelta de la baraja; velaba el poeta inventando situaciones dramáticas con que sorprender al auditorio; velaba el centinela mirando cuidadosamente á todos lados para dar en caso necesario el

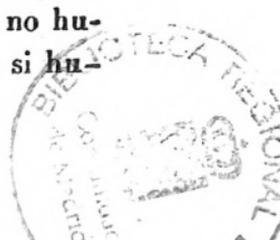
alerta á sus compañeros dormidos; velaba la alta deidad en el baile siendo objeto de mil adoraciones y agasajos; velaba la infeliz escarbando en la basura para buscar en ella algun resto miserable del festin.

Y sin embargo, en medio de este general desvelo, la poblacion aparecia muda y solitaria; las largas filas de casas eran un fiel trasunto de las calles de un cementerio, y solo de vez en cuando se interrumpia este monótono silencio por el lejano rumor de algun coche que pasaba, por el ahullido de un perro, ó por el lúgubre cantar del vigilante que en prolongada lamentacion esclamaba... *¡Las doce en punto! y... sereno.*

III.

No se puede negar que la persona de un *sereno* considerada poéticamente tiene algo de ideal y romancesco que no es de despreciar en nuestro prosáico, material y positivo Madrid, tan desnudo de edad media, de góticos monumentos y de ruinas sublimes.

Un hombre que, sobreviviendo al sueño de la poblacion, está encargado de conservar su sosiego, de vigilar su seguridad, de conjurar sus peligros, tiene algo de notable y heróico que no hubieran desdeñado Walter Scott ni Byron si hu-



bieran vivido entre nosotros. Dejemos á un lado el mezquino interes que sin duda le mueve á abrazar tan importante mision; no por ser recompensado con otro mas alto deja de ser noble la tarea del defensor armado de la seguridad del pais, la del abogado, escudo de la inocencia, la del público funcionario, autorizado servidor de los intereses del pueblo.

Cuando todo el vecindario, abandonando sus respectivas tareas, entrega sus cansados miembros al necesario reposo, cuando los gobernantes abandonan por algunas horas el peso de su autoridad, y los gobernados buscan en el recinto de sus hogares el grato premio de sus fatigas, el uso positivo de sus mas halagüeños derechos, el sereno abandona su modesta mansion, y se arranca á los brazos de su esposa y de sus hijos (que tambien es padre y esposo), viste su morena túnica, endurecida por los vientos y la escarcha, toma su temible lanzon, cuelga á la punta el luciente farolillo, y sale á las calles ahuyentando con su vista á los malvados, que le temen como al grito de su conciencia, como al espejo de sus delitos y acusador infatigable de la ley.

Durante su monótono paseo, ora reconoce una puerta que los vecinos dejaron mal cerrada, y les llama para advertirles del peligro; ora sosiega una quimera de gentes de mal vivir rezagadas á la puerta de una taberna; ya impide con su oportuna llegada la atrevida tentativa de un ratero, y

salva y acompaña hasta su casa al miserable transeunte á quien aquel asaltó; ya presta su formidable apoyo al baston de la autoridad para descubrir un garito ó proceder á una importante captura. Noblemente desinteresado en medio de tan variadas escenas, deja gozar de su reposo al descuidado vecino, sin ecsigirle siquiera el reconocimiento por el peligro de que le ha libertado, por el servicio que acaba de prestarle sin su noticia; y cuando todavía en su austero semblante se notan las señales del combate que acaba de sostener, ó de la tempestuosa escena que acaba de presenciarse, alza sus ojos al cielo, mira la luna, muda, quieta, impasible, como su imaginacion; presta el atento oido al reloj que da la hora, y rompe el viento con su voz, exclamando tranquila y reposadamente: ; *La una menos cuarto!* y... sereno.

No sé si he dicho (y sino lo diré ahora) que aquella noche por un capricho, que algunos calificarán de extravagante, me habia propuesto acompañar al buen Alfonso, el vigilante de mi barrio, en su nocturno paseo, y que para poder hacerlo con mas libertad, habia creido conveniente aceptar un capoton y un chuzo como los suyos, que me prestó.

No se rian mis lectores de esta transformacion de mi esterioridad; otras no tan momentáneas, aunque no menos ridículas, vemos y contemplamos todo los dias sin estrañeza; un traje humilde, una corteza grosera, suele á veces encubrir

la inteligencia del alma; ¡y cuántas veces un magnífico uniforme suele servir de disfraz á un tronco rudo!

Mi voluntario sacrificio de algunas horas tenia por lo menos un objeto noble. Yo soy un hombre concienzudo y chapado á la antigua, que gusto de estudiar lo que he de escribir, y tratándose ahora de las costumbres de alta noche, creí indispensable una de dos cosas: ó que el sereno se hiciese escritor, ó que el escritor se transformase en sereno. Lo segundo me pareció mas fácil que lo primero.

IV.

Ya habia un buen ratillo que andábamos, sin ocurrirnos cosa que de contar sea, cuando al pasar por bajo de unos balcones de una casa principal, hirió dulcemente nuestros oídos una grata armonía de instrumentos. Alzamos involuntariamente la vista, y al resplandor de la suntuosa iluminación que ecshalaban las ventanas, vimos dibujarse en la pared de enfrente los fantásticos movimientos de mil figuras elegantes que acompañaban los acordes de la orquesta, encontrándose y separándose á compas. Varios grupos estacionarios é inamovibles, ocupando los balcones, formaban entretenidos episodios en este cuadro interesante

y animado, y veíanse circular por la sala multitud de familiares, con sendas bandejas distribuyendo refrescos y confitura; y escuchábase el confuso murmullo de mil diálogos interesantes; y sentíase el aroma de cien químicas preparaciones, y todo era risa y algazara, y movimiento y vida, y dulzuras y placer.

El anchuroso portal, decorosamente reforzado con el apéndice del farolon de gala, mirábase henchido de mozos y lacayos que mataban el tiempo cambiando la calderilla á las sublimes combinaciones de la brisca, ó durmiendo al dulce influjo del mosto bienhechor; y á la puerta varios coches y carretelas demostraban la alta categoría de aquella magnífica concurrencia.

Quando mas embelesados estábamos en esta contemplacion, un ruido penetrante que se aproximaba sucesivamente nos hizo esperar la llegada de nuevas y magníficas carrozas, y ya los cocheros que ocupaban la calle se replegaban y abrian paso de honor á los recién venidos. El ruido, sin embargo, llegó á hacerse sospechoso por una disonancia *sui generis* que no es facil comparar con otra alguna; y al revolver la esquina de la calle la brillante comitiva, nuestras narices acometidas de improviso nos dieron á conocer la verdad del caso.

Un movimiento eléctrico hizo desaparecer á todos los grupos de los balcones, y cerrar los cristales, y huir todos y refugiarse al medio del salon,

y prestarse mutuamente pañuelos y frascillos, y cruzarse las sonrisas y miradas burlonas de inteligencia, y esperar todos á que aquella ominosa nube pasase de largo. Mas... ¡oh desgracia! el imperturbable conductor pára y detiene su primera máquina de guerra (en que montaba) delante de la misma puerta del sarao; á su voz le imitan igualmente todos los demas funcionarios con sus respectivos instrumentos, y sin hacer alto en la consternacion del concurso, ni en la incongruencia de su determinacion, se preparan á ejecutar sus profundos esperimentos en el pozo mismo de la casa en cuestion.

Los criados corren presurosos á avisar al amo del grave peligro que amenaza; este horrorizado baja la escalera vestido de rigorosa etiqueta con zapato de charol y guante blanco; busca y encuentra al director de aquella escena, le suplica que dilate hasta el siguiente dia su operacion; otras veces le amenaza, le insulta y... todo en vano; el grave funcionario responde que no está en su mano el complacerle, y que tiene que obedecer al mandato de sus gefes. Este diálogo animado se estereotipa en la imaginacion de todos los concurrentes; las damas acuden á buscar sus *schales* y sombreros, los galanes toman capas y *surtous*; los lacayos corren á hacer arrimar los coches; el amo pateca, y grita, y ruega á todos que no se vayan, que todo se compondrá; nadie le cree, y los salones van quedando desiertos, los músicos envuel-

ven en las bayetas sus instrumentos, y toda la concurrencia, en fin, gana por asalto la calle, procurando evitar los ominosos preparativos, cerrando herméticamente sus narices, y corriendo precipitados á buscar otra atmósfera no tan mefítica y angustiosa.

Nuestro auxilio no fue del todo inútil en tan crítica situación, antes bien pudimos servir, y servimos con efecto, á reunir las discordes parejas que por efecto de la distracción y aturdimiento propios de semejante catástrofe, tomaban un coche por otro, ó emprendían un camino diametralmente opuesto al que llevaba la familia. Uno de estos grupos episódicos reclamó mi auxilio, para disipar sin duda con mi presencia cualquier sospecha que pudiera infundir á un marido, por poco zeloso que fuese, el verlos llegar tan solos y á tales horas. Comprendí, pues, toda la importancia de mi papel, que era nada menos que representar á la sociedad, defendiendo los derechos del ausente, y en su consecuencia traté de llenar mi deber en términos, que sospecho que el galán mas de una vez me dió á todos los diablos, y hubiera querido no haber tropezado con mi inevitable farol.

Al avistar la casa de la señora, vimos asomar por otra esquina á la demás familia, acompañada casualmente por el buen Alfonso. Trocados el santo y seña, nos reconocimos todos, depositamos nuestro respectivo convoy, y yo, obser-

vando las miradas escrutadoras del esposo y su enojo mal reprimido, no pude menos de verter una gota de bálsamo en su corazón.—“Tranquilícese usted (le dije al oído), su esposa de usted es *todavía* digna de su amor; la sociedad entera ha velado por ella en mi persona; pero cuenta, señor marido, que no todos los días está la sociedad de *vigilante*, ni todos los faroles son tan concienzudos como el mío.” — Dicho esto desaparecimos bruscamente sin dar lugar á mayores esplicaciones con el buen hombre, que no acertaba á volver del pasmo y á dar gracias á la sociedad, que por servirle se habia escondido bajo el pardo capuchon de un sereno.

No habíamos andado largo trecho, luego que nos quedamos solos, cuando al volver la esquina de una callejuela hirieron simultáneamente nuestros oídos varias voces acongojadas que gritaban; *favor! ladrones, ladrones!* — Redoblamos nuestros pasos; Alfonso suena su pito, y muy luego por todas las boca-calles vemos relumbrar sucesivamente los faroles de sus compañeros que acuden á la señal. Corre la voz de que hay peligro, ocúpanse los desfiladeros, y de allí á un instante se siente una carrera precipitada de uno que escapaba gritando: “*A ese, á ese; al ladron, al ladron.*” — Los guardas de la noche no se dejan engañar por este ardid, antes bien enfilan sus lanzas, dirigiéndolos hacia el que corre; este, vien-

do ocupadas todas las salidas, intenta volver atras; mas ya no es tiempo; el círculo de los serenos se estrecha, y se encuentra el malhechor en medio de ellos, sufriendo su terrible interrogatorio, y los mas temibles reflejos de los faroles, asestados á su semblante, y á cuyo resplandor se revela en él la turbacion del crimen, que en vano intenta disimular. Cuadro interesante y animado, no indigno por cierto del pincel de nuestros célebres artistas.

Alli mismo se improvisó una cuerda, y ligado convenientemente fue encargado á dos de los aprehensores para conducirle al cuerpo de guardia, en tanto que los demas corrian á prestar su auxilio á los vecinos de la casa asaltada. Estos juraban y sostenian que algun otro malvado se habia escurrido hácia los tejados; y asi era la verdad, y que sin duda lo hubiera conseguido, gracias á la ligereza de sus piernas, en contraposicion á la gravedad de las de los perseguidores, á no haber asomado en aquel mismo momento la ronda del barrio con sus respectivos alguaciles de presa, los cuales, destacados que fueron al ojeo, regresaron muy luego de las alturas trayendo muy bien acondicionado al fugitivo.

“Todas la cosas á ratos
tienen su remedio cierto,
para pulgas el desierto,
para ratones los gatos.”

Disipada, en fin, aquella tumultuosa escena, volvimos Alfonso y yo á nuestro solitario paseo; y aquel, que vió restablecido el silencio, y que era la ocasion oportuna para volver á lucir la sonoridad de su garganta, tosió dos veces, escupió, echó la cabeza fuera del capuchon, y con brio y magestad lanzó al viento el consabido canto llano...
¡Los dos en punto! y... sereno.

En este mismo instante empezaba á nuestra espalda otra escena que á juzgar por la obertura no podia menos de ser brillante y divertida. Una escogida orquesta de cencerros y esquilonos, almireces y regaderas; obligada de periódicos bemoles producidos por aquel instrumento grosero, hasta en el nombre, formaba un estrépito original y extravagante que contrastaba singularmente con el silencio anterior. Semejante modo de hablar simbólico tiene esto de bueno, que espresa rápidamente, y no da lugar á dudas ó interpretaciones. Asi que luego que oimos el sonido del cencerro, no dudamos que aquello podia ser una *cencerrada*, y al escuchar los fúnebres acordes de la *Lira de Medellin*, luego nos figuramos que se trataba de boda ó cosa tal.

Éralo en verdad; y los malignos felicitadores dirigian aquel agasajo á un honrado tabernero que en aquel dia acababa de trocar sus doce lustros de vida y cuatro de viudez con una calcetera tambien viuda, tambien vieja, y tambien honrada;

determinacion heróica y altamente social, que en vez de ser recompensada con tiernos epitalamios y coronas de laurel, celebraban sus amigos con aquella algazara que es ya de estilo para el que vuelve á encender segunda vez la antorcha del himeneo.

Un sentimiento de piedad, que sin duda produjo en Alfonso el recuerdo de su esposa, le movió á proteger la inviolabilidad de aquel primer sueño conyugal, y á disipar aquella tormenta que por lo menos tendia á interrumpirle por largo rato. Consiguiólo en efecto, gracias á su persuasiva autoridad, y luego que vió desamparada la calle, no pudo resistir á un movimiento de orgullo, dando á conocer al tendero el servicio que acababa de dispensarle, y exclamó: *¡Las dos y media!* y... *sereno.*

“Gracias, amigo,” dijo á este tiempo una aguardentosa voz, escapada de una como cabeza que asomó envuelta en un gorro como verde por el ventanillo de la tienda. Y tras esto una mano amiga pasó por el mismo conducto un vaso de Cariñena que hizo regocijar al buen Alfonso, el defensor del orden público y de los derechos conyugales.

Nuevos y nuevos sucesos escigian en aquel momento nuestra franca cooperacion. Una muger desgñada y frenética atravesaba la calle para ro-garnos que fuésemos á la parroquia á pedir la extrema-uncion para su hijo... y por el opuesto

lado un hombre, sin sombrero y sin corbata, nos acometia, empeñándonos á acompañarle para ir á casa del comadron á rogarle que viniera á ejercer su ministerio cerca de su esposa. Fue, pues, preciso dividirnos tan importantes funciones; el compañero marchó con la muger á la parroquia, y yo á casa del comadron con el marido. Y al volver á encontrarnos, el uno con el nuncio de la vida, y el otro con el angel de la muerte, no sé lo que pensaria Alfonso; pero yo de mí sé decir que me ocurrieron reflexiones que acaso no dirian mal aqui.

Una sola calle en todo el cuartel no habíamos visitado en toda la noche, negándose constantemente Alfonso á entrar en ella, no sin escitar mi natural curiosidad. Pero, en fin, instado por mí, y sin duda conociendo que ya podria ser hora oportuna, penetramos en su recinto, y luego reconocí la causa misteriosa de aquella reserva. Érase un apuesto galan embozado hasta las cejas, y tan profundamente distraído en sabrosa plática con un bulto blanco que asomaba á un balcon, que no echó de ver nuestra llegada, hasta que ya inmediatos á él, Alfonso tosió varias veces, y acercándose al preocupado galan, "buenas noches, señorito." — ¿Cómo? ¿pues qué hora es? — Las tres y media acaban de dar. — Un profundo suspiro, que tuvo luego su eco en el balcon, fue la única respuesta. Y el bulto blanco desapareció, y la misteriosa capa tambien. —

Al llegar aquí no pude menos de respetar en Alfonso el Dios tutelar de aquel misterio, y comparando esta escena con la anterior, eché de ver que entre la vida y la muerte hay todavía en este mundo alguna cosa interesante y placentera.

Patética iba estando mi imaginacion, sin que bastase á distraerla el sabroso diálogo que poco despues entablamos con un hombre que yacía tendido en medio de la calle, el cual, inspirado por el influjo del mosto que encerraba en su interior, se soñaba feliz en los brazos de su esposa, y dirigia sus caricias al inmediato guarda-canton; asunto eminentemente clásico, y digno de la lira de Anacreonte.

En esto un perro ladró, y luego ladraron dos perros, y despues cuatro, y en seguida diez, y por último ladraron todos los perros del barrio, y Alfonso exclamó con alegría: — “ya viene Colás, y el dia no puede tardar tampoco.” — ¿Y quién era (esclamarán sin duda mis lectores) este nuncio del sol, este héroe matinal, á quien aclamaban en coro todos los cuadrúpedos vivientes? — ¡Ahi que no es nada! Era Colás, el investigador de misterios escondidos entre el polvo y la inmundicia, el descubridor de ignoradas bellezas, químico analizador de la materia, sustancia que se adhiere á las sustancias de valor, disolvente metal que sabe separar el oro de la liga y vengar con su ciencia la injusticia de la escoba. Armado con su gancho protector, recorre sucesivamente los

depósitos que los vecinos han colocado á sus puertas, y busca su subsistencia en aquellos desperdicios que los demas hombres consideran por inútiles y arrojadizos. Y como la raza canina cuenta tambien con aquellos mismos desperdicios como base de su existencia, y la ley (¡ injusta ley hecha al fin por los hombres!) ha investido al *trapero* de una autoridad perseguidora hácia aquella clase, no hay que estrañarse del natural encono con que le miran, ni que las víctimas saluden á su paso al sacrificador, con aquel interes con que lo harian si él fuera ministro de Hacienda, y ellos fueran los contribuyentes.

En sabrosa plática departian Alfonso y Colás sus mutuos sentimientos, entre tanto que yo apoyado en una esquina saboreaba las consideraciones que me inspiraba aquella escena, y ya me disponia á abandonarla y á despojarme de mi misterioso disfraz, cuando el sonido de una campana estraña llamó rápidamente la atencion de Alfonso, que con el mayor interes interrumpe su diálogo, aplica el oido, cuenta uno, dos, cuatro, cinco golpes; y esclama... *¡ Las cuatro menos cuarto...!* y *¡ fuego en la parroquia de Santa Cruz!*

Inmediatamente corren precipitados todos los serenos; cuáles á avisar á los obreros, cuáles á reunir á los aguadores de las fuentes; estos á acompañar las máquinas, aquellos á dar aviso á la autoridad. En un momento las calles se pueblan

de gentes que corren hácia el sitio del incendio; los carros de las mangas parten precipitados para alcanzar el premio de la que llega primero; cruzan las ordenanzas de los puestos militares; aparecen las autoridades con sus rondas; y unos y otros refluyen por distintos puntos al sitio del incendio. Esta escena era magestuosa é imponente; iluminada de un lado por los últimos rayos de la luna, de otro por el lúgubre resplandor de las llamas; animada por un conjunto numeroso de operarios que acudian á hacer trabajar las máquinas, á estraer las personas y muebles, á cortar el progreso del incendio, ofrecia un golpe de vista por manera interesante y animado.

No faltaban, en verdad, sus grotescos episodios; no faltaba manga que ecshalaba su respiracion por un lado dirigiendo su benéfico raudal á la pared de enfrente, no sin grave compromiso de los curiosos vecinos que campeaban en los balcones; no faltaba hombre aturdido que para salvar de las llamas un precioso reloj, le arrojaba violentamente por el balcon; ni quien propusiera apagar el fuego á cañonazos, ni quien derribar una casa inmediata para ponerla á cubierto de todo temor.

Pero el celo era grande; la filantropía de la mayor parte de los operarios, digna del mas cumplido elogio. Los serenos, colocados en semicírculo delante de la casa incendiada, custodiaban los efectos; las patrullas disipaban á la parte innece-

saria de la concurrencia; los vecinos prestaban sus casas á los infelices víctimas de aquella catástrofe; la autoridad procuraba regularizar los movimientos de todos y dirigirlos al fin comun. Por último, despues de un largo rato de inútiles tentativas, pudo llegar á cortarse el vuelo de las llamas; y sucesivamente todo fue entrando en el orden, hasta que ya disipado el peligro, cada uno pensó en retirarse á descansar.

Los cantos de las aves anunciaban ya la próxima aparición de la aurora; las puertas de la capital daban entrada á los aldeanos que acudian á proveer los mercados; las tiendas de aguardiente se entreabrian ya para ofrecer su alborada á los mozos compradores; los ancianos piadosos seguian el misterioso son de la lejana campana que anunciaba la primera misa; y los honrados guardas nocturnos iban desapareciendo y apagando sus ya inútiles faroles.

Alfonso á este tiempo hizo alto delante de una modesta habitacion, y con mayor alegría que en el resto de la noche exclamó: *¡Las cinco en punto!* y... — “*Ya bajo,*” — le contestó desde la buardilla una voz que supuse desde luego ser la de su cara mitad.

Conocí que era llegado el momento de separarnos; entreguéle chuzo y capoton, y restituido á mi forma primera, volví á ser actor en un drama agitado del que toda la noche habia sido sereno é indiferente espectador.

Antes, ahora, y Despues.



I.

«El tiempo se ve retratado con ecsactitud en las generaciones vivas; de suerte que los viejos representan lo pasado, los jóvenes lo presente, y los niños el porvenir.»

Adisson.

La filosófica observacion de un célebre moralista, que queda estampada como epígrafe del presente artículo, nos conduciria como por la mano á entrar de lleno en aquella cuestion tantas veces agitada de la mayor ó menor corrupcion de los tiempos; y despues de bien debatida, sucederíanos lo que de ordinario acontece, esto es, que acaso no sabríamos decidirnos entre los recuerdos pasados, la actualidad presente, y las esperanzas futuras.

Las mugeres, segun la observacion tambien esacta de otro autor crítico, son las que forman las costumbres, asi como los hombres hacen las leyes; quedando igualmente por resolver la eterna duda de cuál de estas dos causas influye

principalmente en la otra, á saber: si las costumbres son únicamente la espresion de las leyes, ó estas vienen á producirse como el reflejo de aquellas.

Parece, sin embargo, lo mas acertado el creer que este es un círculo sempiterno en que quedan absolutamente confundidos el principio y el fin, pues si vemos muchos casos en que el legislador se limitó á formular las costumbres y las inclinaciones de los pueblos, tambien hay otros en que estos se vieron arrastrados por la atrevida mano del legislador.

De todos modos no puede negarse que la educacion es la base principal que sustenta y modela casi á voluntad el carácter del hombre, y de aqui la importancia de las leyes que la dirijan; tambien habrá de convenirse en que las mugeres estan llamadas por la naturaleza á prestar al hombre los primeros cuidados, á inspirarle sus primeras sensaciones, á desenvolver sus primeras ideas; y hé aqui esplicada tambien naturalmente la otra observacion, ó sea su influencia en el futuro desarrollo de la sociedad.

Todas estas y otras muchas verdades se ven materializadas, por decirlo asi, en cada pais, en cada ciudad, en cada casa. Mas cuenta, que no á todos es dado el apreciar distintamente el espectáculo que delante se les presenta; no todos saben adivinar sus causas, medir sus efectos, calcular sus consecuencias; el libro de la vida todos le escriben,

muy pocos son los que aciertan á leer en él; y allí donde por lo regular acaba el horizonte del vulgo, suele empezar el del filósofo observador.

II.

«Mucho mas locas las viejas son en Madrid que las mozas, y es natural, porque llevan muchos mas años de locas.»

Leon de Arroyal.

Doña Dorotea Ventosa, de quien ya en otra ocasion tengo hablado á mis lectores (1), era una señora que por mal de sus pecados tuvo la fatal ocurrencia de nacer en los felices años del reinado de Carlos III; y si bien esta circunstancia no fuese averiguada mas que de ella misma, y del señor cura de la parroquia, y pareciese hallarse desmentida por las continuas modificaciones y revoques de su persona monumental, sin embargo, los arqueólogos y amantes de antigüedades (que como es sabido tienen la descortés osadía de señalar fechas á todo lo que miran) creyeron poder arriesgarse á colocar la del nacimiento de nuestra heroína á los setenta y cinco del pasado siglo, mes mas ó menos.

(1) Véase el tomo II del *Panorama Matritense*, artículo titulado *Las tres tertulias*.

Nacida de padres nobles, y sesudamente originales, en aquellos tiempos en que los españoles no se habian aun traducido del francés, vió deslizarse sus primeros años en aquel reducido círculo de sensaciones que constituían por entonces la felicidad de las familias; y el respeto á señores padres y el santo temor de Dios eran los únicos pensamientos que alternaban en su imaginacion con los juegos infantiles. Enseñáronla á leer, lo necesario para hojear el *Desiderio y Electo* y las *Soledades de la vida*; y en cuanto á escribir, nunca llegó á hacerlo, por considerarse en aquellos tiempos la pluma como arma peligrosa en las manos de una muger. No bien cumplió doce años, y antes que la razon viniese como suele á perturbar la tranquilidad de su espíritu, fue colocada en un convento, donde aprendió á trabajar mil primorosas fruslerías, y á pedir á Dios en una lengua que no entendia, perdon de unos pecados que no conocia tampoco,

El amor paterno, velando por su porvenir en tanto que ella dormia y crecia en el seno de la inocencia, negociaba con eficacia un ventajoso matrimonio para cuando llegase el momento de salir al mundo; y no bien hubo cumplido los diez y ocho años de su edad, fue vuelta á la casa paterna, y desposada de alli á pocos meses con un hombre á quien ella apenas conocia, pero que tenia la ventaja de colocarla en una brillante posicion, y añadir á sus apellidos siete ú ocho apellidos mas.

Pasó, pues, sin transición gradual, desde el dominio de la hermana superiora al mas positivo del marido superior. Porque es bien que se sepa que por entonces todos los maridos lo eran; y tenían mas punto de contacto con la arrogancia de los árabes, que con la acomodaticia cortesanía francesa.

Covencidos, no sé si con razón, de lo peligroso que es el aire libre y el contacto de la sociedad á la pureza de las costumbres femeniles, tocaban en el opuesto extremo; y convertían sus casas en fortalezas, sus mugeres en esclavas, y en austera obligacion los voluntarios impulsos del amor.

Ya se deja conocer, y todas mis lectoras convendrán en ello, que sistema tan descortés supone como si dijéramos una sociedad incivilizada, una ilustracion en mantillas, y todas las jóvenes darán en el interior de su corazón mil gracias al cielo por haberlas hecho nacer en un siglo mas filosófico y conciliador. Pero esto no es del caso, ni ahora la ocasion del obligado encomio del siglo en que vivimos; todo ello podrá tener su lugar mas adelante, por ahora habremos de reposar la imaginacion en los últimos años del que pasó.

Nuestra bella mal maridada llevó con paciencia el primer año de aquel tiránico amor; en este punto hay que alabarla la constancia, que en el dia podría hacerla pasar por una nueva Penélope; pero, al fin, el primer año pasó, y vino

el segundo; y entonces observó que su marido siempre era el mismo; un señor por otro lado muy formal y muy buen cristiano, pero sin espada ni redecilla, ni botones de acero, ni mucho sebo en el peluquin; que entonces las mugeres se enamoraban de las pelucas, como ahora se enamoran de las barbas. Observó que á su edad (que tenia ya veinte cumplidos) todavía no sabia bailar el bolero, ni cantar la tirana, ni habia podido tomar partido entre Costillares y Romero, ni sabia qué cosa era el arrojar confites á Manolito García; cosas todas muy puestas en razon, y que para servirme de una espresion galo-moderna, *hacian furor* por aquellos tiempos de gracia. Advirtió que su casa era siempre su casa, y las ventanas siempre con celosías, y el perro siempre acostado á la entrada, y el Rodrigon siempre en acecho á la salida, y los muebles siempre silenciosos, y los libros siempre Santa Teresa y Fray Luis, y las estampas siempre el Hijo pródigo y las Bodas de Caná.

Por algunas espresiones sueltas de algunas amigas (que nunca faltan amigas para venir á enredar las casas) llegó á adivinar que estramuros de la suya habia alguna otra cosa que no era ni su marido, ni sus pájaros, ni sus celosías, ni sus tiestos, ni sus *lignum crucis*, ni sus San Juanitos de cera. Supo que habia teatros y toros, y meriendas, y Prado, y abates, y devaneos; y como la privacion es salsa del apetito, rabió por los

abates y por las meriendas, y por el Prado y por los toros, y por la comedia y por los devaneos.

Pero á todos estos estraños deseos hacia frente la faz austera del esposo, que rayando en una edad avanzada, y práctico conocedor de los peligros mundanos, se consideraba en el deber de apartar de ellos con vigilante constancia á su jóven compañera, sin que esta por su parte se lo agradeciese, como que solo veía en ello un exceso de egoismo, y una implacable manía de ejercer con ella su conyugal autoridad.

Desengañada, en fin, de la inutilidad de sus esfuerzos para quebrantar sus odiosas cadenas, hubo de conformarse al reducido círculo de sus obligaciones domésticas. Por fortuna el amor maternal pudo hacerla mas halagüeña su ecsistencia: tres hermosos niños vinieron sucesivamente á endulzarla; criábalos ella misma, por no haberse establecido aun la funesta moda que releva á las madres de este sublime deber; vivia con ellos y para ellos, y sus gracias inocentes casi la llegaron á reconciliar con unos lazos que antes miraba como tiránicos y opresivos.

Desgraciadamente de estos tres niños desaparecieron dos, antes que la muerte arrebatase tambien al papá, y cuando este acontecimiento vino á cambiar la ecsistencia de nuestra heroína, quedó esta á los cuarenta y ocho de su edad, con una sola niña de quince abriles que revelaba á la

mamá en sus lindas facciones una verdad que apenas habia tenido lugar de advertir, esto es, que ella tambien habia sido hermosa.

Las mugeres en general suelen tener dos épocas de agitacion y de ruido: una cuando en la primavera de la edad recogen los obsequios que la sociedad las dirige, y otra cuando vuelven á recibirlos en la persona de sus hijas. La mamá de que vamos hablando, por las razones que quedan dichas, no habia tenido ocasion de disfrutar de aquella primera época; pero nada la impedia aprovecharse de la segunda. Y como es una observacion generalmente constante que el que ha sido viejo cuando jóven, suele querer ser jóven cuando llega á viejo, déjase conocer la buena voluntad con que aprovecharia la ocasion de rendir al mundo el tributo que tan sin su voluntad le habia negado en tiempo.

Escudada con el pretesto de la hija, que suele ser en madres verdes el salvo-conducto de su ridícula disipacion, halagada por la fortuna con una brillante posicion social, dueña absolutamente de su persona y de sus bienes, y todavía no maltratada por el medio siglo que disimulaba su espejo, trató de indemnizarse de las privaciones pasadas por las delicias presentes. Abrió su casa á la sociedad, y se relacionó con las mas elegantes de la corte; dió bailes y conciertos, visitó teatros, dispuso giras de campo y lucidas cabalgatas, observó hasta la estravagancia los mas estraños pre-

ceptos de la moda, y como esta lo autorizaba y su posicion lo permitia tambien, supo fijar al dorado carro de su triunfo y disputar á su propia hija mil adoradores, que suspiraban por los bellos ojos de su bolsillo, y que ofuscados por su esplendor, sabian disimularla sus postizos adornos, su incansable é insulsa locuacidad, su dominante altivez y sus voluntariosos caprichos.

El tiempo, sin embargo, iba imprimiendo su huella cada dia mas hondamente en aquella agitada persona; pero ella, tenazmente sorda á sus avisos, disputaba paso á paso al viejo alado la victoria, en términos que á creerla, tenia el singular privilegio de caminar hácia su origen, pues si un año confesaba cuarenta, al otro no tenia mas que treinta y cinco, y al siguiente treinta y dos, hasta que se plantó en veinte y nueve, y ya no hubo forma de hacerla adelantar mas.

A la implacable rueca de las parcas oponia ella las tijeras de la modista, y la media caña del peluquero, y las preparaciones del químico; allí donde anochece un diente de amarillento hueso, la industria corria presurosa á colocarla otro de oro purísimo y marfil; allí donde empezaba á amanecer la blanca cabellera, el arte sabia correr el denso velo de un elegante prendido.

...“¿Quién hay
que cuente los embelecos,
los rizos, guedejas, moñios

que estan diciendo: *Memento, calva, que ayer fuiste raso aunque hoy eres terciopelo?*"

Ella, en fin, era un códice antiguo, cuidadosamente encuadernado en magnífica cubierta; un cuadro del Ticiano restaurado por manos profanas; casco viejo y carenado como aquel en que el inmortal Teseo marchó á libertar á los atenienses del tributo de Minos, del cual se cuenta que fue conservado por estos en señal de veneracion, reponiendo continuamente las piezas que se rompian, en términos que despues de nueve siglos, siempre era el mismo, aunque habia desaparecido del todo.

No sin ocultos zelos esta arrogante mamá veía crecer y desenvolverse diariamente las gracias de Margarita (que asi se llamaba la niña), y mas de una ocasion llegó á disputarla, con grandes esfuerzos, tal cual conquista que ella habia hecho sin ninguno. Bien hubiera deseado ocultarla á los ojos del mundo como un argumento vivo de su edad, ó como un formidable contraste de sus artificiales perfecciones; pero entonces se hubiera ella misma condenado á igual reclusion y silencio. Mas facil era hacerla pasar por sobrina ó por hermana menor, afectar con ella la mayor familiaridad, y renunciar á todo respeto; disminuir su brillantez con la sencillez de su traje; dejarla correr con sus amigas distinto rumbo y diversas

sociedades, y evitar, en fin, todo término posible de odiosa comparacion.

Las consecuencias naturales de semejante sistema no se hicieron esperar por largo tiempo; desamparada la jóven de la tutela y del escudo maternal, entregó inadvertidamente su corazon al primer pisaverde que quiso recogerle, y le entregó con tal verdad, que haciendo frente á la terrible oposicion de la madre (que quiso entonces usar de un derecho á que ella misma habia renunciado con su conducta), é impulsada por el primer movimiento de su pasion, imploró la proteccion de las leyes para satisfacer su voluntad, contrayendo matrimonio con el susodicho galan; y mientras esto sucedia, la mamá, libre ya absolutamente de toda trava y responsabilidad, se propuso dar rienda suelta á sus caprichos y dissipacion, llegando á lograrlo en términos que solo fue capaz de atajarla una aguda pulmonía, que supo aprovechar la ocasion de la salida de un baile, para llevarla aun cubierta de flores á las afueras de la puerta de Fuencarral.

